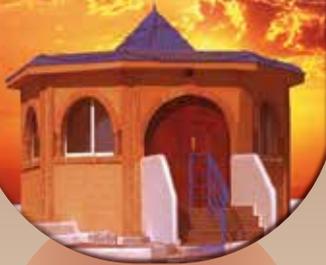


Vayéshev

27.11.2021
23 Kislev 5782

753



Argentina • Jevrat Pinto

Viamonte 2715

1213 Buenos Aires • Argentina

Tel: +5411 4962 4691 hevratpinto@gmail.com

México • Or Jaim Vemoche

Fuente de Trevi 218

Tel +5559900579 jkursion@aol.com

Mexico City - Mexico

Ashdod • Orh 'Haim Ve Moshe

Rehov Ha-Admour Mi-Belz 43 • Ashod • Israël

Tel: +972 88 566 233 • Fax: +972 88 521 527

orothaim@gmail.com

Ra'anana • Kol 'Ha'im

Rehov Ha'ahouza 98 • Ra'anana • Israël

Tel: +972 98 828 078 • +972 58 792 9003

kolhaim@hpinto.org.il

Gracias a la bondad Divina

el Rab shlita se encuentra en Eretz HaKodesh y estará en Jerusalem, Ashdod y Raanana Para ahorrar esperas y molestias a quienes vengan a encontrarse con el Rab shlita, por favor fijar cita anticipadamente

Con la bendición de la Torá
La dirección



Hilulá del Tzadik

23 - Ribí David Tabali Shif.

24 - Ribí Jaim Jizkiahu Medini, autor de Sedé Jémed.

24 - Ribí Zejariá Mendel de Podheitz, autor de Menorat Zejariá.

25 - Ribí Avraham Harari Raful.

26 - Ribí Yehoshúa Zelig Diskin.

27 - Ribí Avraham Yitzjak Hacohén, el Admor de Toledot Aharón.

28 - Ribí Ezrá Jamouy, jefe del Bet Din de Aram Tzova.

29 - Ribí Avraham Meyujás, autor de Sedé Haáretz.

Pajad David

Publicado por "Orot Jaim uMoshé", Israel

Bajo la dirección de Morenu veRabenu HaGaón HaTzadik Rabí David Janania Pinto shlita

Hijo del tzadik Rabí Moshé Aharón Pinto ztz"l y nieto del sagrado tzadik Rabí Jaim Pinto ztz"l

Boletín Semanal Sobre la Parashá

MASKIL LEDAVID

Comentario semanal de Morenu veRabenu, Rabí David Janania Pinto shlita, sobre parashat hashavua

La santidad solo debe ir en ascenso

"Pero Hashem estaba con Yosef, quien llegó a ser un hombre próspero, y vivía en la casa del egipcio, su amo. Vio su amo que Hashem estaba con él, que Hashem lo hacía prosperar en todas sus empresas" (Bereshit 39:2-3).

He aquí que, como es sabido, todos los años, la parashá de Vayéshev se lee antes de Janucá; y, a veces, la parashá de Vayéshev cae en el primer Shabat de Janucá. Pensé en esclarecer la relación que existe entre el relato de Yosef Hatzadik en la casa de Potifar, su amo egipcio, y el milagro de Janucá.

Nuestros Sabios, de bendita memoria, dicen (Tratado de Shabat 21b) que los griegos entraron al Hejal del Bet Hamikdash e impurificaron todos los frascos de aceite que habían encontrado allí. Luego de que el reino de los Jashmonaím venció al gobierno griego, los Jashmonaím buscaron y no encontraron sino un solo frasco intacto con el sello del Cohén Gadol, que contenía aceite suficiente para arder un solo día. Sucedió un milagro y ese aceite fue suficiente para arder durante ocho días, el tiempo necesario para producir aceite nuevo puro. El año siguiente a este episodio, los Sabios establecieron estos días como días festivos, para alabar y agradecer a Hashem Yitbaraj.

Si reflexionamos acerca del significado de lo que les sucedió a los Jashmonaím en el Bet Hamikdash, veremos que el milagro que les sucedió fue de lo más grande, literalmente, algo sobrenatural. He aquí que cuando los griegos entraron al Bet Hamikdash, destruyeron todo e impurificaron todo lo que encontraban a su paso, sin dejar ningún utensilio puro. De modo que el Bet Hamikdash permaneció muchos años cerrado, sin que pudieran entrar en él.

Siendo así, una vez que el reino de los Jashmonaím ascendió y venció a los griegos, y entraron al Hejal, ¿pará qué fueron en busca de aceite puro para encender la Menorá? ¿Acaso no sabían que no había nada que buscar? Los griegos lo habían impurificado todo y no había quedado nada sagrado en el Bet Hamikdash a lo largo de las decenas de años en los que el Bet Hamikdash había permanecido cerrado y hasta abandonado —Rajmaná litzlán—.

Pero los Jashmonaím tenían una fe íntegra y una gran confianza en Hashem Yitbaraj, a tal punto que no le prestaron atención en absoluto al hecho de que los griegos habían impurificado todo el Bet Hamikdash y todos sus utensilios sagra-

dos. Ellos decidieron buscar por todos lados, porque pensaban que quizás iban a encontrar aceite puro para encender la Menorá, pues indudablemente los ojos de Hashem estaban posados aun sobre ese lugar sagrado. Y, efectivamente, prevaleció la voluntad de Hashem, y por el mérito de la gran fe de los Jashmonaím y su ferviente deseo de hacer lo correcto, encontraron en una esquina oculta un frasco pequeño de aceite que los griegos no habían logrado impurificar, y que aún mantenía el sello del Cohén Gadol. Entonces, tomaron aquel frasco pequeño de aceite para encender las luminarias de la Menorá y, a raíz de ello, comprendieron algo más: a pesar de sentir que se han agotado todas las esperanzas, la persona debe continuar con su fe y confianza en Hashem.

Así precisamente fue la situación en aquel entonces, pues los Jashmonaím se percataron de que aquel frasco pequeño no contenía sino la cantidad necesaria para un solo día de encendido. Estaban preocupados de que si encendían ese único aceite que tenían, ¿qué sería de los demás días?, ¿cómo iban a poder continuar encendiendo la Menorá del Bet Hamikdash el resto de los días hasta que pudieran producir nuevo aceite puro? Pero, nuevamente, ellos no hicieron cuentas, sino que se reforzaron en su fe íntegra en Hashem y se apoyaron en Él, sabiendo que, si ya habían logrado encontrar un solo frasco de aceite puro con el sello del Cohén Gadol, eso quería decir que tanto ellos como sus actos habían sido aceptados por Hashem Yitbaraj. Así, rezaron a Hakadosh Baruj Hu para que los ayudara también en el segundo día, y aquel frasco bastara también para otro día. Y, en efecto, su plegaria fue aceptada y lograron encender también el segundo día.

Así mismo sucedió en el tercer día. Se alegraron mucho de poder encender otro día más la Menorá, y volvieron a rezar para que Hakadosh Baruj Hu los ayudara a que el aceite rindiera para un día más. Y así sucesivamente, todos los días, pidieron y rogaron a Hashem para que el aceite del frasco que habían encontrado bastara para encender otro día más, y otro día más, hasta que pudieron producir nuevo aceite puro. Y, en efecto, Hashem aceptó sus plegarias, e hizo el milagro de que el aceite bastara para los ocho días que debían encender la Menorá.

Siendo así, los Jashmonaím al ver que ellos mismos habían encontrado un frasco de aceite puro sellado, y ver la grandiosa

ayuda del Cielo que habían tenido con aquel milagro en aquellos días, aprovecharon esa oportunidad de contar con el beneplácito de Hashem, para pedirle que Él hiciera que el encendido continuara otro día más, y otro día más, para que los Hijos de Israel pudieran ver que eran queridos por Hakadosh Baruj Hu. Y así todos comprenderían que Hakadosh Baruj Hu, ciertamente, estaba preocupado por hacer que el alma de ellos retornara a la pureza, luego de que ésta había sido desconectada de toda la santidad debido a la inmundicia de los griegos y de su cultura, la cual oscureció el judaísmo, al obligar a los judíos a grabar en los cuernos de sus toros: "No tengo parte en el Dios de Israel".

Ahora podemos decir que, de vez en cuando, Hakadosh Baruj Hu le dispone al hombre una ayuda del Cielo, y a veces, incluso, de forma sobrenatural, éste tiene que armarse de fuerzas y no aflojar; más bien, continuar yendo de un logro al siguiente, como sucedió con los Jashmonaím. Los Jashmonaím vieron que Hashem Yitbaraj estaba con ellos y que los estaba ayudando grandemente, por cuanto les permitió encontrar aquel frasco de aceite puro; así pudieron ascender sobremanera. Y una vez que obtuvieron ese logro pasaron a otro, y por ello, tuvieron el mérito de que les sucediera un gran milagro y tuvieran aceite para encender las luminarias de la Menorá por ocho días.

De acuerdo con lo dicho, se puede comprender bien que, por cuanto vemos de hecho que Hashem se encuentra a nuestro lado para proveernos la ayuda que requerimos, entonces, debemos ir de un logro al siguiente e incrementar en el servicio a Hashem. Por ello, los Sabios de Bet Hilel establecieron que el primer día de Janucá se encienda una sola luminaria, y la noche siguiente se enciendan dos luminarias; la tercera noche, tres luminarias; y así sucesivamente, se va incrementando el número de luminarias encendidas (Tratado de Shabat 21b). Esto se debe a que debemos ir de un logro a otro, incrementando en condición de "se eleva en la santidad", como explicamos. Los Jashmonaím rezaron cada día que la Menorá continuara encendida otro día más, y otro día más, en condición de "se eleva en la santidad", o sea, se eleva y se continúa elevando más y más. Por ello, se estableció la halajá de que en Janucá el encendido se rige según la opinión de los Sabios de Bet Hilel, porque lo principal es incrementar en santidad constantemente.



Siguiendo sus Huellas

Chispas de fe y confianza de las notas personales de Morenu veRabenu Rabí David Jananía Pinto shlita



Prepararse debidamente

En una ocasión, pasé un tiempo en el hospital al lado de una persona que estaba al borde de la muerte. Todo el tiempo que estuve allí, le hablé alentándolo, ofreciéndole palabras de inspiración, fe y confianza en el Creador. Pero me di cuenta de que había algo que le molestaba a ese hombre.

“¿En qué está pensando?”, le pregunté.

“Me pregunto qué pasará después de que muera. ¿Quién cuidará a mis padres que ya están ancianos?”.

Al oírlo hablar así, comprendí que sentía que su fin era inminente. Por eso, todos sus pensamientos giraban en torno a cómo sus padres podrían arreglárselas sin su ayuda.

De esta experiencia, aprendí una gran lección de mular. Tal como los pensamientos de esta persona estaban completamente centrados en el bienestar de sus padres, así también cada persona debe preocuparse por su propia vida en el Mundo Venidero. Cada uno debe asegurarse de prepararse un lugar honorable en el Mundo de la Verdad, estudiando Torá y cumpliendo mitzvot. Nuestros Sabios, de bendita memoria, nos dicen (Avot 4:16): “Este mundo es como el vestíbulo del Mundo Venidero; prepárate en el vestíbulo para que puedas entrar al palacio”.

Así como la persona se acomoda la ropa y se asegura de estar presentable antes de entrar al palacio del rey, así también debemos prepararnos en este mundo, que es el vestíbulo previo al Mundo Venidero. Aquí es donde nos quitamos todo el polvo material y pulimos nuestras almas para que brillen. Entonces, podremos entrar al Mundo Venidero en perfectas condiciones.

Haftará



“Co amar Hashem: ‘Al sheloshá...’” (Amós 2-3).

La relación con la parashá: en la Haftará, hay una alusión a la venta de Yosef Hatzadik, pues dice el versículo: “por haber vendido por plata al Tzadik”, por cuanto la venta de Yosef se describe en la parashá.

El sendero de los rectos

La causa principal

La causa principal por la que uno juzga para mal las acciones de los demás es la falta de reflexión y la tendencia a ver las faltas del compañero y no sus virtudes.

Por ende, cuando la persona ve que su compañero comete una injusticia y no se encuentra ninguna forma de justificarlo o juzgarlo para bien, debe recordar lo que dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria: “No juzgues a tu compañero hasta que ocupes su lugar”.

Debemos recordar lo que indicaron nuestros Sabios, de bendita memoria, que el que sospecha algo de su compañero de lo que en verdad no es culpable, tiene que conciliarse con él y bendecirlo.

El milagro de la janukiá de Vilna

En el gran Bet Hakenéset de Vilna, se exhibía una janukiá (‘candelabro de Janucá’) grande y muy hermosa, elaborada de bronce, incrustada en una base de piedra especial, de la época del Arón Hakódesh, y tenía la forma de la Menorá del Bet Hamikdash, sobre un pie, con capullos y flores.

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, las autoridades rusas ordenaron que la Menorá fuera llevada a Moscú, junto con otros efectos religiosos de gran valor histórico, que habían tomado de los diversos Baté Hakenesiot para el tesoro del gobierno.

De esa forma, se perdió la maravillosa Menorá del Gran Bet Hakenéset, pero el relato que involucra dicha Menorá no se ha perdido. Este episodio sucedió hace como trescientos años:

A la cabeza de la Rabanut de Vilna, estaba el Gaón, Ribí Yehoshúa Heshel, zatzal. Aquellos eran días difíciles para los judíos de la ciudad. Federico Augusto, el rey de Polonia, había decretado sobre los judíos de la ciudad el cobro de los impuestos que se le venían en gana, hasta que, al final, se vaciaron todos los fondos, al punto que no había de dónde o de quién cobrar dinero. Los odiadores de Israel tramaron tomar de los judíos el gran Bet Hakenéset como hipoteca y garantía, hasta que la congregación judía pagara todos los impuestos que les habían decretado.

Las puertas del Bet Hakenéset fueron selladas, y las voces de rezo y de la lectura de la Torá de aquel lugar sagrado fueron acalladas. Se podía percibir el gran dolor de los judíos de la ciudad ante el hecho de que no les había quedado un solo lugar en el cual pudieran verter su aflicción.

Un día, comenzó a correr una noticia entre los residentes de la ciudad, que decía que todas las noches, alrededor de la medianoche, del recinto del Gran Bet Hamikdash, surgía una voz en llanto y súplica. Se crearon todo tipo de imaginaciones y se dieron todo tipo de razones que justificaban la existencia de dicha voz misteriosa.

Solo pocos sabían el verdadero origen de aquella voz: diez de los Sabios de la ciudad ayunaban cada lunes y jueves debido a la gravedad de la situación. Y, además, cada noche, cerca de la medianoche, entraban por una larga cueva secreta que llevaba hasta el sótano del Gran Bet Hakenéset, entraban por allí y recitaban el Tikún Jatzot frente al Hejal.

La noticia de la voz quejosa que se escuchaba en las noches llegó a oídos del duque de Vilna, quien una noche salió acompañado de sus sirvientes hacia el Gran Bet Hakenéset. Lo primero que hizo el duque fue revisar las cerraduras de las puertas y las ventanas del Gran Bet Hakenéset, cerciorándose de que estuvieran todas cerradas. Después, esperó hasta la medianoche y, en efecto, la noticia era cierta: una voz tenue surgía de dentro del Bet Hakenéset, en llanto, rompiendo el silencio de la noche.

Emocionado, el duque pidió que le



Sucedió una vez...

trajeran una escalera larga. Subió por la escalera hasta una de las altas ventanas del muro oriental y observó adentro. Se le cortó el aliento al ver figuras misteriosas, vestidas de blanco, de rostros ancianos, al pie del Hejal, alrededor de una vela encendida, que lloraban en voz baja.

Pálido como la luna, el duque descendió de la escalera, subió a su caballo y galopó rápidamente hasta su casa, pero aquella escena que había presenciado en el Bet Hakenéset no lo abandonó. Aquella noche no pudo conciliar el sueño, pues de pronto despertó sudando frío luego de haber tenido un sueño terrible. En dicho sueño, se le había presentado una de las figuras en blanco que había visto en el Bet Hakenéset, que le advirtió que debía dejar de molestar a los judíos. Por la mañana, el duque envió a llamar a los líderes de la congregación judía. Les hizo saber que estaba dispuesto a abrir de vuelta el Bet Hakenéset, pero con la condición de que le depositaran uno de los objetos sagrados y valiosos del Bet Hakenéset.

Por consejo del Rav del lugar, el Gaón Yehoshúa Heshel, zatzal, se tomó la decisión de depositar donde el duque la preciada Menorá de bronce. El duque se alegró por la decisión y decidió colocar dicha Menorá en uno de los salones de estatuas de su casa. No obstante, cuando la encendían, de ella surgía un humo espeso que ennegrecía las demás estatuas del recinto. De nada sirvió cambiar los aceites, ya que la Menorá seguía ennegreciendo las estatuas del lugar. En esa situación, sin más opción, y a raíz de un temor interno y profundo, el duque sacó la Menorá del salón de estatuas, y la puso en un cuarto interno y oculto de su palacio.

Llegaron los días de Janucá y los judíos de Vilna quisieron encender la luminaria de la festividad, pero recordaron que la Menorá se encontraba guardada donde el duque. De modo que pusieron otra Menorá en su lugar, y bendijeron. Pero las luminarias no encendieron bien, y no quedaron encendidas el mínimo de tiempo requerido que habían decretado los Jajamim. Cambiaron las luminarias, pero también se apagaron antes de tiempo. El Rav dijo: “Desde el Cielo, nos están insinuando que debemos redimir la gran Menorá. Tenemos prohibido dejar ese objeto sagrado en manos de un no judío”.

Al día siguiente, la organización Ner Tamid que formaron comenzó a recaudar fondos para redimir la Menorá. Transcurrieron seis años desde que comenzaron hasta que los empobrecidos judíos de la ciudad lograron reunir la pesada suma de impuesto que el duque les había decretado.

En la víspera del primer día de Janucá 5493 (diciembre 1732), los judíos de Vilna tuvieron gran iluminación y alegría. En un grandioso desfile, con la participación de un gran número de personas y muchos clarines, la Menorá fue traída de la casa del duque de vuelta a su lugar apropiado, a su puesto de honor en el Gran Bet Hakenéset, a la derecha del Arón Hakódesh.

Ese año se reunieron todos los judíos de Vilna en el Gran Bet Hakenéset para presenciar el encendido de la Menorá y escuchar las bendiciones por las luminarias de Janucá en la hermosa Menorá de bronce antigua.



La pluma del corazón

Poema para Janucá, por el honorable Ribí Jaím Pinto Hagadol, ziaa

Mi Dios, lo elevaré. No hay nadie como Él, pues es Único. Un milagro a los hijos de Matitihu hizo maravilla Él solo. Redimió a la asamblea alejada. La tierra está llena de Su gloria. Agradezcan a Hashem, porque es Bueno, porque es eterna Su bondad.

Juntos clavaron el mal, los griegos sobre nosotros. El precepto de Dios, de gran conocimiento, quisieron quitar de nosotros. Nosotros nos levantamos; nos agilizamos; se sobrepuso Su bondad sobre nosotros. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

Los griegos vinieron a la Casa de Dios. Impurificaron los aceites. [Los cohanim] Buscaron y encontraron uno de los frascos pequeños, sellado con el sello del cohén que preparó su mano. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

Partió y midió la noche; solo hubo una en él; una temible bendición infundió; se posó entre los que quedaron; se elevó con él; se levantaron y se animaron. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

El Único entregó los héroes en manos de hombre débiles. El cuerno de Israel elevó. Sobre los tiranos que oprimían, incluso todos cayeron, fueron echados y despojados. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

Estos días fueron establecidos para alabanza y agradecimiento. Porque sus almas fueron salvadas, de la altanera mano del opresor altanero. Canten, estén alegres, bailen. Para Dios, cuya Gloria es grande. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

Banquete y bebida habrá entre ellos. Delicias dichas, las luminarias son buenas; las hacen y se recuerdan. Salgan, vengán y vean. Esta Torá aprendan. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

La mechas juntas se han contado; una buena razón y profundo motivo hay en su número. Pues así es su ley y su estatuto. Cuiden, instruyan y cíñanse, de lo que no alcance su mano. ¡Agradezcan a Hashem, porque es Bueno!

Del Tesoro

Enseñanzas de Morenu veRabenu
Rabí David Jananía Pinto shlita



La Torá ayuda a salvarse de los deseos del mundo terrenal

Ya se ha estudiado en los libros de kabalá que la tierra de Egipto es llamada “la desnudez de la tierra”, pues es una tierra impura, llena de idolatrías, plagada de inmundicia y de los pecados más graves. La tierra de Egipto es la tierra de los esclavos, entregada al abandono.

Podemos preguntar: si la tierra de Egipto era una tierra pésima, llena de pecados, donde indudablemente iba a ser difícil resistir el flujo de “la desnudez de la tierra” y sus grandiosas transgresiones, ¿cómo pudo ser que Hakadosh Baruj Hu enfrentara a Yosef Hatzadik a una prueba tan grande como ésta, de descender a la tierra de Egipto? Y no solo eso, sino que fue vendido como esclavo a un egipcio, y se vio, solo, en medio de un lugar que no era de Torá, sin unos padres que cuidaran de él. Al estar en un lugar donde el miedo era abrumador, él estaba susceptible de degenerar su espiritualidad y asimilarse en medio de esa nación inmunda. Siendo así, ¿por qué Hakadosh Baruj Hu lo puso frente a una prueba tan difícil?

Pensé, humildemente, que se puede esclarecer este asunto diciendo que debido a esto la Torá hizo una introducción tan extensa a través de la descripción de la compra de Yosef, y de varios versículos halagando a Yosef Hatzadik, como dice (Bereshit 39:2-3): “Pero Hashem estaba con Yosef, quien llegó a ser un hombre próspero, y vivía en la casa del egipcio, su amo”. “Y vio su amo que Hashem estaba con él, que Hashem lo hacía prosperar en todas sus empresas”.

Y ya que andaba por el sendero de Hakadosh Baruj Hu y no se desvió del camino de la Torá y de las mitzvot, ni a la derecha ni a la izquierda, y constantemente mencionaba a Hashem en sus actos, Yosef Hatzadik se elevó en santidad y pureza. Así Yosef Hatzadik tuvo el mérito de que también en la tierra de Egipto se cumpliera en él “Y Hashem estuvo con Yosef, porque Hashem estaba con él”. Por lo tanto, aun en Egipto, Hakadosh Baruj Hu cuidó de Yosef Hatzadik para que pudiera permanecer en todo momento en su rectitud y siempre fuera un hombre exitoso, no solo en cuanto a lo material, sino también en lo espiritual.

Y, ciertamente, ésta fue la grandeza de Yosef Hatzadik, quien, aun cuando llegó a la tierra de Egipto, cuidó de su persona, de no descender en su condición espiritual. Y si preguntamos de dónde obtuvo la fuerza para cuidarse aun en la tierra de Egipto, se puede responder que su ayuda la obtuvo por el hecho de que, cuando descendió de la tierra de Kenaan a la tierra de Egipto, se había llevado consigo una “vianda para el camino”, se había llevado consigo todo lo que había aprendido de su padre Yaakov, toda la Torá que habían estudiado juntos en la tierra de Kenaan, lo cual lo ayudó a rehusar las insinuaciones y los avances de la esposa de su patrón Potifar, y a escapar de las manos de ella y pasar aquella dura prueba.

Cuando una persona es puesta a prueba de diversas formas a lo largo de la vida, le está prohibido desesperarse y deprimirse. Más bien, tiene que saber que Hakadosh Baruj Hu es Quien le pone aquellas pruebas para examinarlo y ver si, efectivamente, es una persona de espíritu completo en cuanto a su Torá y su rectitud. Tiene que saber también que aun cuando Hakadosh Baruj Hu lo ponga a prueba en múltiples ocasiones, Él también lo cuida para que pueda atravesar con éxito aquellas pruebas que le llegan.



El Gaón, Ribí Ezrá Jamouy, zatzal

En el transcurso de cuarenta y cinco años, el Gaón, Ribí Ezrá Jamouy, zatzal, uno de los grandes Sabios de Aram Tzova, fue “socio” de Hakadosh Baruj Hu en la Creación. Durante cuarenta y cinco años se sentó en la silla del juez e hizo juicio recto, de acuerdo con la verdad neta. Y como dijeron nuestros Sabios, de bendita memoria, (Tratado de Shabat): “Todo juez que juzga netamente de acuerdo con la verdad es como si fuera socio de Hakadosh Baruj Hu en la Creación”.

Sobre el escritorio de Ribí Ezrá Jamouy, en el Bet Din, circularon todo tipo de deliberaciones de los judíos de Jalav, Siria, tanto en asuntos monetarios como personales, y en asuntos de permisión y prohibición. Incluso los residentes de la ciudad que no eran judíos llevaban sus asuntos judiciales a ser deliberados por el Bet Din judío dirigido por el Rav Jamouy. Ellos llevaban con temor y respeto sus asuntos ante los Sabios judíos y ante Ribí Ezrá Jamouy, quien, con independencia de su amplia experiencia y profunda sagacidad en los mares del Talmud y de todos los Sabios de la Torá, se podría decir que nada podía permanecer oculto de él. También era docto en las experiencias de la vida práctica del mundo terrenal y en lo que respecta

al comportamiento de las personas de las aldeas, los pueblos y las ciudades, tanto de los judíos como de los no judíos.

La siguiente anécdota atestigua acerca del respeto y la gran estima que los habitantes de Jalav le rendían al Sabio judío, Ribí Ezrá Jamouy, y lo alababan todos por igual por su gran comprensión y entendimiento. Y así sucedió:

Uno de los vecinos de Ribí Ezrá, un árabe respetable por todos los de su pueblo, gustaba mucho de las bebidas alcohólicas, y con frecuencia bebía mucho vino y cerveza. Una noche regresó a su casa totalmente ebrio; se dirigió a su esposa y le ordenó que le sirviera de inmediato una taza de café humeante. Incluso la amenazó con palabras claras, que no se prestaban a ambigüedad, que si cuando terminara de comer la galleta que tenía en la mano, ella no le servía lo que le había pedido, su final iba a ser malo y amargo...

La mujer, asustada, se apresuró de inmediato a llevarle a su esposo la taza de café como le había pedido. Agilizó sus pasos hacia la cocina de carbón que estaba en una esquina de la casa, avivó los carbones, puso la tetera con agua sobre el fuego, y el esposo se sentó en la cama para comer su galleta, la cual terminó antes de que la esposa le trajera la taza de café.

El esposo, que se “cansó” de la ineficiencia de su esposa, se enfureció sobremanera, y, enojado, gritó: “¡He aquí que estás divorciada! ¡He aquí que estás divorciada! ¡He aquí que estás divorciada!”. De acuerdo con la ley islámica, la repetición de esta frase tres veces hizo que surta efecto el divorcio de inmediato.

Cuando se le pasó la embriaguez, el esposo se dio cuenta de la gravedad de sus actos —ya que con lo que había dicho, la mujer que amaba desde

su juventud ahora estaba divorciada de él, y le estaba prohibida—, se afligió y angustió sobremanera. ¿Qué podía hacer? No había forma de retroceder y cambiar el pasado.

Con amargura en el corazón, el árabe se apresuró y dirigió sus pasos hacia la residencia del jeque local para pedir su consejo de cómo anular lo que había dicho, y retornar a su esposa como antes.

Pero, para su gran desdicha, no tuvo éxito en su misión, y el jeque musulmán decretó su ley:

“De acuerdo con el estatuto islámico, estás divorciado de tu mujer. No puedes arrepentirte, por cuanto tu esposa no cumplió con tu orden”.

Totalmente desesperanzado, el árabe se dirigió a su vecino y éste le recomendó que fuera donde el Sabio de los judíos. En efecto, atendió el consejo de su vecino y se dirigió donde el Sabio judío, Ribí Ezrá Jamouy. Ribí Ezrá escuchó atentamente el caso del árabe, pero no quiso dictar su veredicto antes de recibir el permiso del jeque musulmán local sobre el asunto.

Luego de que el jeque otorgó su consentimiento al respecto, Ribí Ezrá se dirigió al esposo y le preguntó:

—Dime, la galleta que estabas comiendo, ¿era blanda o dura?

—Era dura, y por eso yo estaba tan sediento— se disculpó el hombre.

—Siendo así—decretó Ribí Ezrá—, tu esposa te está permitida, ya que es natural que cuando se come una galleta dura se caigan pedazos o migajas al suelo, y éstas todavía no las has comido...

La luz de Ribí Ezrá Jamouy se apagó el cuarto día de Janucá, habiendo llegado a avanzada edad, y fue enterrado en el Monte de los Olivos.